

ZOCOS, 8

TETUÁN

La autora aconseja acompañar estas letras con la música de *Sefarad en el corazón de Marruecos*, último disco de la artista Mara Aranda.

© Del texto *Tetúan, en un rincón del alma*, Bibinha Benbunam.
De *Vivan tus cinco* y de las *Abreviaciones* © 2009 Alicia Sisso Raz.
De *Glosario, Expresiones, Refranes y Pronunciación* Alicia Sisso Raz.
De *Aquel olvidado Atlético* Miguel Ángel García Gabriel

© Fotografías interiores, Esther Bendahan y Mari Cohen.

© Diseño de portada, Rodrigo Sepúlveda Cebrián

© Fotografía de portadilla, Colección particular, 1950

© Confluencias, 2016

www.editorialconfluencias.com

Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Maquetación y diseño: Tomás Camarena Castellanos

Corrección ortotipográfica: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en PODIPRINT, Antequera (España)

ISBN: 978-84-945853-5-7

Depósito Legal: AL 1147-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ESTHER BENDAHAN

TETUÁN



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

I.	La frontera	15
II.	Notas viajeras sobre Tetuán	25
III.	En el principio	31
IV.	Las playas en mis pies	53
V.	El misterio del <i>Pisces</i>	61
VI.	Sol Hachuel	69
VII.	Las palabras atestadas de tiempo	89
VIII.	Del pimentón al culantro	107
IX.	El vestido de berberisca y la mujer perro	121
X.	Atleti Tetuán	135
XI.	La herida cercana al sol	139

Abreviaciones. Glosario, expresiones y refranes.	
La pronunciación de la haketía	153
Diccionarios	161

GRACIAS A

Pinhas Bendahan, León Benelbas,
Bibinha Benbunam, Angy Cohen,
Alicia Sisso y Miguel Ángel García Gabriel
por permitir compartir sus textos
sobre Tetuán. Y a Miguel de Lucas y
Fernando M. Vara de Rey.

Y a Elías Canetti, B. Pérez Galdos,
Lorenzo Silva, Robert Assaraf,
Juan Vilar, Hamed Enoichi,
quienes han acompañado mi texto
con sus libros o artículos de donde
he encontrado citas elocuentes
y necesarias.

*La casa que dejaré ayer,
esquinas que se pliegan sobre
sábanas mediterráneas
castillos de aire.*



ESTHER BENDAHAN

TETUÁN

I

LA FRONTERA

Mi primer recuerdo de Tetuán está teñido de luz blanca y azul. Recuerdo la luz como minúsculas gotas de mar centelleantes de sol. Mientras el coche en el que viajamos mi familia y yo se aleja de la ciudad, dejamos atrás un bullicio de olores y colores que forman un lienzo plano y colorido que se fija en mi memoria. El olor a naranja se mantiene en el coche detenido en una lenta cola para pasar la frontera. Veo el pelo aún negro de mi padre y su nuca sudorosa; mi madre, con uno de esos peinados cardados que tanto gustaban entonces, se abraza a mi hermano, que es un bebe regordete de seis meses vestido de orgulloso celeste. Apretujadas con ellos en el

asiento trasero, ajenas al viaje, mi hermana y yo jugamos a enseñarnos las pequeñas joyas con las que mi madre nos ha adornado.

Llegamos a la frontera.

La frontera es un lugar extraño. Se está y no se está en el mismo lugar. Un paso, sólo un paso, y cambia el rostro del aduanero y el idioma de los carteles, incluso la sensación de ser o no ser.

Al salir uno se convierte en un turista o un viajero o un extranjero o en un exiliado, a veces un algo de todo. De algún modo nosotros, mi familia, judíos sefardíes, al ir a España volvíamos a casa. Pero mi casa, el lugar donde nací, donde aprendí a andar y donde me escondía de noche bajo la mesa de camilla para ver el televisor que acababan de comprar, se quedaba en Tetuán, con mis juguetes, la mesa aún puesta y el televisor. Y era un viaje precipitado y aunque nada aparentemente nos empujaba a ese exilio, como muchos otros, nos íbamos.

Mi padre baja la ventanilla del coche, escuchamos el sonido rítmico de su respiración acelerada, el repentino silencio de mi madre, aparece el rostro serio del aduanero investido de autoridad que introduce medio cuerpo en

nuestro coche y nos mira escrutándonos. Mi padre le entrega los pasaportes. Él se aparta con ellos en la mano mientras los va abriendo uno a uno; hace salir a mi padre; se alejan del coche; mi hermana y yo sabemos que debemos dejar de jugar, quizá fue por la curiosidad que nos suscita ese uniforme o porque los niños tienen capacidad de reconocer la gravedad del momento. Veo a mi padre pasarle un brazo por el hombro al policía, darle la mano y volver al asiento del conductor. Se sienta, susurra a mi madre al oído, recuerdo que ella sonríe y que él pone el coche en marcha y vuelven los sonidos familiares, el canturreo de mi madre, la voz cariñosa de mi padre explicándonos detalles del viaje.

Estábamos al otro lado.

Debíamos irnos de Tetuán. Pero sin resentimiento. Era muy complejo y nada tiene que ver en realidad con la ciudad. Las ciudades pertenecen a sus habitantes. Las ciudades están libres de culpa. Las ciudades pertenecen a los sueños y a la fantasía.

Cuando fui por primera vez a Berlín, cuando paseé por la Alexanderplatz lo supe. No quise viajar durante años a Berlín, pero me había

equivocado. Allí la ciudad era víctima. Pobre Berlín, con sus ecos de llantos y horror, pero tan viva y agarrada a los raíles de la historia. No sentí lo mismo en Viena, reconozco que no puedo borrar de mi memoria el desagradable monumento a los judíos, una espantosa escultura que representa a un oficial pegando una patada a un pobre hombre agachado que no sé si le limpiaba los zapatos o, simplemente, le habían obligado a arrastrarse. Se suponía que el hombre agachado era un judío y que ese esperpento quería redimir su memoria. Discutí esta sensación con un entusiasta austriaco de los mercadillos de navidad de su país. Nos conocimos porque coincidía que dábamos una conferencia en el mismo seminario. Se empeñó en demostrarme que la escultura aludida no era ofensiva, sino realista. Según me dijo, representaba una fotografía muy conocida, pero no me convenció. En la representación y la elección que supone hay ideología, pasado, en la elección de la representación también hay una propuesta que advierte de las ciudades y sus memorias.

En Tetuán no hay, que yo recuerde, señales del pasado para evocarlos, mas que los propios lugares que quedaron, vacíos, pero como testigos

vivos. En Tetuán todo habla de sus tiempos. No puedo evitar al hablar de Tetuán el fundirme en todos ellos, lo que fue y hay, su antes y después, que permanecen sin la necesidad de la artificiosa reconstrucción. Tetuán es diferente. Uno deja Tetuán y vuelve a Tetuán y siempre hay un recuerdo amable. Quizá es el Mediterráneo, sus playas o la rotación de sus calles, donde se mantiene, como el persistente aroma del clavo, cada uno de sus tiempos; ninguno apaga al otro ni lo anula ni lo ignora.

A partir de esa frontera, desde el primer minuto del viaje, durante la salida o en mi infancia en Madrid, Tetuán se convirtió en algo más que una ciudad: Tetuán es Marruecos, es nuestra historia, el origen, pero también un lugar de tránsito; aunque el tránsito durara varios siglos. Al salir fuimos a Ceuta, una ciudad española muy cercana, y luego a Madrid. Así, Tetuán quedó fijada como referencia. Todo lo recuerdo en color. Luego vino el blanco y negro.

Volví mucho, mucho tiempo después. Hace unos pocos años. Volví a la frontera, esta vez llegué al aeropuerto de Tánger. Tánger, que era una ciudad como de otro país. Recuerdo que le

decían internacional. El adversario de la serena y culta Tetuán. Sí, grandes autores llenaron Tánger de historia y leyenda; pero Tetuán es Tetuán. Llegué a Tetuán por primera vez después de muchos años en un viaje de trabajo con el director del centro donde trabajo, Miguel De Lucas, y Fernando Vara de Rey. Venían dos amigas de infancia, Bibinha Benbunam y Mercedes Chocron, que se unieron al grupo Erensyá, una red de sefardíes de todo el mundo, organizado por el Centro Sefarad Israel (aunque la palabra Israel hay que evitarla en Marruecos, cosas de la diplomacia). En esta ocasión, se centraba en un encuentro de sefardíes del norte de Marruecos. Así que volvía por trabajo, adulta.

Quería aprovechar para encontrar la que fue mi casa. Mi padre, con su memoria prodigiosa, me dibujó un mapa, una geografía de su pasado; también quería visitar la tumba de mi abuelo. Era un viaje que debía haber hecho mucho tiempo atrás, que ignoré que deseaba hacer desde hacía mucho tiempo.

Esta vez llegaba por una frontera diferente, con otro pasaporte.

Las aduanas de los aeropuertos no tienen el misterio de las terrestres, donde en cuestión de minutos se metamorfosea el mundo. En la de los aeropuertos incomoda la sensación de sospecha. Rellenamos un documento y explicamos el motivo de la llegada. Cuando la pasamos en coche se produce una salida o llegada más íntima e individual, mientras que la entrada por la aduana de los aviones es anónima y bulliciosa. El policía, un hombre agradable con bigote negro, me miró entre cómplice y curioso, llamó a un supervisor muy elegante que iba de un lado a otro como el vigilante de una finca de naranjas o el jefe de planta de un gran almacén. «Ah, eres tetuaní», preguntó afirmando, y yo sentí que era un piropo.

Mi sensación al salir, al pisar de nuevo por primera vez la tierra de Marruecos, la enorme explanada que sigue al aeropuerto, ver las banderas, fue extraña. Yo nací allí, ¿pero significaba algo eso? ¿Encontraría mis imágenes?

Volví en otras ocasiones al mismo aeropuerto, pero para ir a Ceuta. Recuerdo el camino hacia Ceuta: el coche lo conducía Jacob Hachuel; las curvas; la vista sobre el inmenso y nuevo puerto

en construcción; la espera en la frontera; las mujeres que pasan caminando, con la espalda encorvada bajo el inmenso peso de la mercancía que compran en Ceuta para vender en Marruecos, me hipnotizaban; vaciaban mis pensamientos, simplemente miraba el trasiego; mientras llegábamos a Ceuta ellas volvían; incluso veía a quienes se escondían con mercancía entre los coches; yo dudaba si trataban de esconderse de los policías españoles o de los marroquíes. Yo crucé esa frontera.

Esa primera vez que volví a Tetuán dormimos en Tánger. En realidad son ciudades muy cercanas y en ambas hay una Instituto Cervantes donde íbamos a ofrecer una charla. Tras pasar la noche en Tánger, ser recibidos por su comunidad judía (quedan tres o cuatro personas) y degustar dulces sefardíes, fuimos por la mañana en autobús a Tetuán.

Es indescriptible el trasiego del bus, la alegría que nos atrapó al ver el cartel con Tetuán escrito en árabe y en castellano. Del árabe sólo recuerdo la letra T y al escribir estas notas me doy cuenta de que la T es una de las letras del

nombre de mi ciudad. Por lo visto me llevé la T en árabe para siempre.

Recientemente volví a Tetuán por segunda vez. Esta vez no dormimos en un hotel... Íbamos a festejar en el Cervantes de Tetuán un homenaje al Atlético de Tetuán. También hace poco supe porqué muchos de mis conocidos de Tetuán no son del Real Madrid y sí del Atlético de Madrid o del Barcelona. El motivo es histórico y está ligado a nuestros genes de memorias acalladas en el inconsciente colectivo. Una afrenta o el recuerdo de una celebración, de un gusto o de un poder se mantiene así, obligándonos sin que sepamos sus causas, simplemente, nos conforman como el color de ojos o la textura de la piel.

A pesar de las fronteras, de las aduanas, de los pasaportes (recuerdo las colas para actualizar los nuestros en la calle Pradillo, el miedo a no conseguir la residencia, la espera para la renovación, la alegría de ser españoles), a pesar de eso, hay algo, un hilo elástico y fijo que une a los nacidos en Tetuán convocándolos a una memoria común, a un ser que remite a una educación oriental, relacionada con una noble cordialidad que une a unos y otros, a judíos, musulmanes y

cristianos, más allá de lo que nosotros mismos podremos nunca apreciar o saber.

Esa frontera está siempre allí (como la de Portbou, donde se quedó para siempre Walter Benjamín, hay fronteras que no se pueden cruzar y otras que salvan), podemos cruzarla de un lado a otro; pero en ambos lados hay un no lugar donde podremos encontrarnos para tomar un té con hierbabuena. Para quienes nos fuimos de algún lugar para siempre, la frontera, las fronteras, las aduanas, adquieren dimensiones existenciales, como los pasaportes. La identidad y sus matices, su universo de contrastes y afirmaciones se concentra en unos pliegos con una pequeña foto de carnet.

También hay que nombrar el miedo. Recuerdo el miedo al salir, el que mantuvo durante años la familia, difuso, inconcreto, el que sentí al llegar. El miedo es gaseoso, no necesita concretarse y ocupa, al extenderse, todo el espacio; sin embargo, superado nuestro miedo, empujado soplando con todas las fuerzas a pleno pulmón, a uno al llegar le invade un profundo descubrimiento de pertenencia.